



to, ni tampoco el móvil piadoso» (p. 171), de lo cual *a fortiori* se infiere la desaprobación de la eutanasia por acción letal positiva.

En el último y el más exiguo de los capítulos, intitulado «Investigación biomédica», se dedica apenas una página a la valoración ética de tal acción, y luego se transcriben las recomendaciones de la Asamblea Médica Mundial de Helsinki sobre el tema (1964), con las sucesivas enmiendas de Tokio (1975), Venecia (1983), Hong Kong (1989), y finalmente las Normas Internacionales de la Experimentación Biomédica con animales. Bajo el subtítulo «Valoración ética» la única conclusión que se expresa acerca de los experimentos médicos y científicos en seres humanos es que la persona sometida al ensayo debe dar su autorización. Ni siquiera se menciona la principal problemática al respecto, que excede en mucho al problema del consentimiento para el experimento.

Además de diversos méritos y deficiencias particulares que nos ha parecido ver en la obra, y que hemos señalado en los párrafos precedentes de esta reseña, finalmente nos permitimos expresar las siguientes apreciaciones críticas globales:

a) Con respecto a casi todas las más graves transgresiones bioéticas que se realizan en la actualidad en la praxis hospitalaria, no encontramos el juicio reprobatorio pertinente, sino una respuesta permisiva (en la omisión de tratamientos cuando el niño es inválido o deficiente mental) o un notable silencio (respecto del aborto en general, el aborto de criaturas defectuosas, la narcosis de los moribundos sin su conocimiento, los experimentos médicos peligrosos en personas sanas —v. gr. inoculación de virus o de células cancerosas— y lo mismo en niños).

b) Como subtítulo de la obra se ha puesto la leyenda *Experiencia transdisciplinar desde un comité hospitalario de ética*, dado que los cuatro coautores son miembros del Comité de Ética del Hospital Pediátrico Humberto Notti (de Mendoza), cuerpo colegiado que cuenta con ocho años de trayectoria, como allí leemos. Sin embargo, a lo largo de la obra no nos parece ver que se haya volcado tal tipo de experiencia, pues todo el discurso se mantiene en el nivel de las normas más generales. Aun cuando los motivos del secreto profesional y el derecho de intimidad mandan obviamente silenciar toda circunstancia que identifique a los protagonistas de las relaciones médicas, ello no impide que se expresen y analicen los supuestos particulares cognoscible en la experiencia de una junta consultiva ética hospitalaria.

c) No se menciona en ninguna parte el principio que manda abstenerse de los actos «intrínsecamente malos», ni el principio de que «el fin no justifica los medios», que está comprometido en la mayoría de las cuestiones bioéticas batallonas.

d) Falta toda referencia a la «ética de situación», que caracteriza el discurso bioético contemporáneo. ¿Es también admitida por los autores? No podemos estar seguros de la respuesta negativa, si tenemos en cuenta que en el capítulo dedicado a los principios éticos en general, no se afirma la universalidad absoluta de las normas morales.

En su favor, reconocemos la intención humanista de la obra, que se han propuesto sus autores, sin privarla de un sólido y conocimiento biomédico y técnico.

Camilo Tale

ROBERTO J. BRIE, *Los hábitos del pensamiento riguroso*. Ediciones del Viejo Aljibe. Buenos Aires 1997. ISBN 987-96569-03. 49 páginas.

En este interesante ensayo el Profesor Roberto J. Brie aborda la realidad de la crisis de la sociedad contemporánea. Su raíz, sugiere, es de carácter intelectual. Estamos frente

al «oscurecimiento de la inteligencia», como lo dijera M. F. Sciacca. Para introducir su discurso bosqueja el diagnóstico que sobre la misma hace Karl Mannheim desde un enfoque sociológico: la sociedad moderna, estructurada y organizada de una forma crecientemente racional-funcional, en lugar de conducir a los hombres a comportamientos cada vez más substancialmente racionales, paradójicamente los lleva a conductas cada vez más irracionales, con la consiguiente multiplicación de los conflictos y su exacerbación (lo cual) amenaza al sistema básico de convivencia. La causa de ello, según Mannheim, consiste en que nuestra sociedad está favoreciendo solamente la racionalidad funcional y no exige en igual medida la racionalidad substancial (la facultad de actuar en situaciones dadas con capacidad de juicio en base a una inteligencia de las conexiones). Esto produce un efecto paralizador del juicio propio; las personas se esfuerzan por autoconformarse en todos los aspectos de su vida a esta funcionalidad, en el marco de un proceso que viene determinado por los que planifican una tal racionalización de la sociedad.

Brie puntualiza que de lo anterior sólo pretende poner de relieve «la pérdida o renuncia, fácilmente observable en general, de la capacidad propia de juicio». La solución sólo se dará a través de la educación e insiste, en este punto, en la importancia de «la generación de hábitos intelectuales que nos habitúen a pensar con rigurosidad, científicamente», lo cual es deseable en general, especialmente en los profesionales y decisivo en el ámbito de la vida universitaria.

A continuación, distingue la ciencia en sentido objetivo de la ciencia en sentido subjetivo (los hábitos del pensar rigurosamente). Los hábitos intelectuales hacen posible y facilitan la actividad científica y su producto, los conocimientos científicos. Enuncia siete operaciones a ejercitar para aprender a discurrir científicamente, a saber: 1) la definición; 2) la distinción; 3) la relación; 4) el discernimiento de la causalidad; 5) la sistematización; 6) la crítica; y 7) la síntesis.

Así, al habituarnos a *definir* adquirimos sentido crítico, pues pedimos precisión sobre lo que una palabra significa, en sus notas esenciales, cuando se la utiliza dentro de un contexto, o de un juicio. Evitamos de este modo confusiones, equívocos y ambigüedades. La *distinción* es la operación por la que separamos una cosa de otra, contando con que en el orden real están unidas, y por análisis, a base de progresivas distinciones, los hombres avanzamos en el conocimiento.

Mediante nuestros juicios expresarnos *relaciones*. En este punto, Brie se luce con una luminosa observación de Jean Guitton: «Lo más difícil no es tanto tener temas o ideas, como unir dos temas o ideas por un pasaje que no sea artificial». Luego, esta capacidad de relación nos abre el camino al conocimiento de la *causalidad* como principio explicativo de las cosas. Todo saber, además, tiende a ser inexorablemente sistemático, es decir, un conocimiento organizado. La *sistemática* depende de un principio ordenador que conforme progresa el conocimiento, irá variando en cada sujeto y en las ciencias. El predominio histórico de determinados paradigmas científico-filosóficos encuentra explicación por su dependencia respecto de ciertos principios sistematizadores.

El hábito de la *crítica*, citando a Eisler, será «el arte de la apreciación, como la operación del espíritu que permite distinguir lo verdadero de lo falso, lo valioso de lo que no es valioso». Así, por contraste, se va generando la propia capacidad de juicio. ¿Cómo se logra un equilibrado espíritu crítico? Responde haciendo una lúcida y sugerente comparación analógica entre el desarrollo intelectual de una persona y el que se da en las ciencias, y así distingue los distintos criterios de certeza: autoridad y propio convencimiento. Termina caracterizando al más dificultoso de los hábitos, la *síntesis*, coronación y madurez de los saberes. La ciencia, por que el mismo entendimiento tiende a ello, busca alcan-

zar visiones lo más abarcativas posibles de todos los conocimientos. No escapa a sus consideraciones, el grave obstáculo que para ello representa la marcada tendencia a la especialización de los saberes profesionales, con su consecuente pobreza de relación, de relación totalizante. Señala tres tendencias que serían causa de la generalizada pérdida de capacidad crítica (es de destacar la nota que, al punto, hace al referirse a la actual problemática a la que se enfrentan hoy las universidades asediadas por una concepción meramente instrumental del saber).

Brie se deja leer con amabilidad. Resulta muy recomendable la lectura de este trabajo, pues arroja claridades muy fértiles para el trabajo intelectual en momentos en que urge despertar inteligencias, para lo cual, el cultivo de sus hábitos y su ejercicio riguroso son decisivos en la adquisición de la mentada «capacidad propia de juicio».

Ezequiel Coquet

ALBERTO CATURELLI, *La Libertad. Cinco meditaciones filosófico-teológicas*. El Copista. Córdoba, Argentina, 1997. ISBN 950-43-8182-0. 203 páginas.

Alberto Caturelli es uno de los filósofos argentinos y también reconocido a nivel internacional, más importantes de este tiempo, no sólo por la profundidad de sus reflexiones, por la claridad de su doctrina y lo que ha elaborado a través de otros libros y distintos cursos dictados en el país y en el extranjero, si no por la valentía con la que expone ciertos temas hoy considerados «tabués» por la seudocultura contemporánea. Hoy, y a través de este magnífico volumen nos sorprende con el tema de la libertad, tal como lo expresa según la intención del autor en el prólogo, al afirmar que «sólo desea poner en claro por medio de esta reflexión, esa perfección del hombre que es la libertad». Sin embargo, dice Caturelli, «el problema no es sólo filosófico, sino teológico, por lo tanto se debe auscultar el tema a la luz de la fe y *sin miedo a respetos humanos*» (p. 10). El libro está desarrollado en cinco partes, que bien llama el autor «meditaciones», ya que son distintas reflexiones acerca de un mismo tema.

La meditación 1, tal como lo advierte la contratapa, trata sobre la filosofía de la libertad a partir de una metafísica del acto de ser. Aquí el autor, nos presenta la naturaleza de la libertad, para lo cual se pone a indagar sobre el acto de ser y la relación con la libertad, en donde el orden inteligible se hace evidente por aquello primero que aprehende la inteligencia: el ser en cuanto tal, que es el que trasciende al ente y de este modo queda afirmada la primacía del *acto de ser* por sobre el ente. De ello se concluye que *el ser-acto* es lo primero querido, ya que el querer «apetece el ser como bien» (p. 21). Así, queda descubierto el «querer originario del bien» del cual depende toda elección en el tiempo y que será «la raíz ontológica primera de la libertad» (p. 22ss.). Esta libertad es la libertad de un sujeto, al cual se le presentan objetos y en donde la inteligencia mueve a la voluntad para presentarle esos objetos o el objeto como un bien (Summ. theol. I-II 9c. y ad 3; I-II 10, 2; *De verit.* 22, 12; *De malo*, 6). Por lo tanto existe una *dialéctica de la libertad* (p. 26), en el buen sentido de la palabra, en donde la inteligencia y la voluntad mutuamente se implican, llegando a la formación del plexo *determinación-indeterminación*, que es una actividad que tiende al bien en el tiempo presente y en el cual se desencadena la *elección*, implicando todo ello a la totalidad de la vida de la persona (p. 28). A partir de aquí, el autor trata de explicar la relación entre *libertad, tiempo y eternidad*, que es una relación que e-